

En las manos la oportunidad de su vida

Por: Antonio Aguilera Nieves

Fuertes manos, plenas de energía y vigor, fruto de innumerables horas de trabajo. Los dedos gruesos, y la palma carnosa otorgaban a pesar de todo un aspecto terso y sedoso a lo que en realidad eran el más preciso ypreciado instrumento de faena en la fábrica. Incontables horas medidas en agua salada las había modelado.

Charo había perdido la cuenta de las jornadas, de los meses que llevaba trabajando en aquella charanga cardando pescado. Su vida llevaba inmersa en esa rutina desde hacía ya casi 8 años, cuando aún jovenzuela su tía le consiguió un puesto como estibadora en aquella pequeña fábrica de conservas y salazones de pescado.

Al alba sonaba aquella sirena que a la entrada resultaba ensordecedora y chirriante. Con ella empezaba un largo día en el que, durante diez horas, de pie, si no más cuando los barcos llegaban repletos, delante de su mesita, se dedicaría a limpiar pescado. Sardinas, caballas, melvas, bonitos, atunes, con prisa, sin pausa, mientras su mente se dedicaba a esperar que la sirena de la tarde la sacase de allí. En esos momentos le recordaba a la de un tren a punto de marcharse.

Utilizaba y entrenaba sus dotes de observación y su destreza como distracción en las pesadas horas de trabajo. Con un flash de muñeca, hacía un corte en las vísceras recién separadas del pescado. Algunos peces, al quedar atrapados en la red, estaban recién almorzados, o así le gustaba pensarlo a Charo. Tenían la tripa repleta, y ella, con ese preciso golpe de navaja, les abría el estómago, que derramaba su contenido sobre su mesilla antes de caer a la cubeta estratégicamente colocada a los pies.

En la mayor parte de los casos, lo que salía era una sustancia viscosa relativamente maloliente. Pero de vez en cuando, en otras ocasiones aparecían pequeños alevines,

pedrecillas y conchenas de diversas formas y colores. Raras veces, trozos de hilos, alambres o hasta la chapa de una botella encontró.

Para no llamar la atención de la supervisora y llevarse un rapapolvo, Charo siempre tenía en los bolsillos de la bata retazos de periódicos viejos. Cuando encontraba algo que llamaba su atención, echaba mano de un trozo de esos papeles, atrapaba rápidamente su hallazgo y se metía el gurrño en el bolsillo. El papel le servía de localizador del pequeño objeto, además de cumplir la misión fundamental de secante. Más tarde aprovecharía los pequeños descansos para dejar esas pelotitas de papel en una bolsita de plástico dentro de su bolso.

Ya en casa, con tranquilidad, desharía la pelotita de papel con cuidado y esmero. Disfrutaba descubriendo las formas y colores que surgían tras el barro. Las estrías de las conchas, las marcas, rayones, hendiduras, incrustaciones que evocaban mil vicisitudes. Las marcas de la vida que habían quedado en cada nácar, en cada piedra. También ella tenía algunas en su propio cuerpo.

Tras mirarlas con pausa, su imaginación inventaba a partir de cada rasgo característico una vida para cada nueva pieza de su colección, era su ratito de evasión de la rutina de vida que tenía y esperaba. A continuación las cogía y guardaba en cajas que celosamente tenía escondidas bajo su cama. Cajas metálicas decoradas de galletas inglesas, cajas de madera labradas. En su interior, a modo de cama, disponía un pañuelo para evitarles cualquier golpe o arañazo adicional a sus preciados vestigios.

En esos días eran tres las cajas. En la metálica, dorada por dentro y decorada con dibujos bucólicos en tonos verdes por fuera, tenía las conchenas, dispuestas en varias capas. En la redonda metálica plateada las piezas más extrañas, como algunos botones, piezas metálicas, hilos o hasta un tapón de corcho. Y en la de madera labrada tenía las piedras.

Charo, venciendo su timidez, aprovechaba algunas oportunidades para preguntar a los marineros por sus viajes, por los lugares que visitaban, intentado saber un poco más del origen, de la procedencia de sus tesoritos. Con ello, pretendía encontrar conexiones con mundos que quizás ella nunca conociera pero que estaban representados en los objetos que celosamente coleccionaba en su alcoba.

No le resultaba cómodo y asequible realizar sus pesquisas pues para una joven soltera no resultaba socialmente adecuado que se acercase a extraños a entablar conversación, sin embargo eran los extranjeros, los personajes más estafalarios, los que podían disponer de esa valiosa información para ella.

A ella le hubiese encantado hablar con, precisamente esos hombres que llegaban de mares lejanos con vestimentas un tanto extrañas, con la barba rancias de sol y sal, esos que a pesar de visitar el pueblo por primera vez, paseaban por él con toda la familiaridad y confianza que les da sentirse ciudadanos del mundo. Tras llegar a puerto y alijar, habían metido el barco en el carro del astillero, y ahora pasaban unos días de relativo descanso mientras se sometía al buque a las pertinentes tareas de mantenimiento. En esos contados días, Charo tenía que sacar las agallas para propiciar un encuentro que le permitiese descargar la batería de preguntas que ya tenía preparada. Muchas veces se había lamentado del poco tiempo que pudo pasar en la escuela. Apenas le dio para aprenderse el catecismo y poder hacer la comunión, los números y las letras no habían sido su fuerte.

Aquel jueves la jornada se le había hecho insufrible, los pinchazos de las caballas de la mañana le molestaban bastante, el calor y las muchas horas de pie le provocaban hormigueo en las piernas, así que cardar aquellas melvas se le hizo muy cuesta arriba. Eso sí, al ser pescado de mediano tamaño, la posibilidad de encontrar trofeos aumentaba, como así fue, un par de ellos se echó al bolsillo.

Sonó la sirena, al fin. Los primeros pasos hacia la caseta del vestuario le provocó algún calambre y un pequeño crujido en la cadera. Se le acercó en el camino la Juani, siempre optimista y sonriente. La animó, la tarea había acabado, se habían ganado al menos un café con una bizcotela, bromeó.

Mientras se quitaban el mandil y las zapatillas húmedas, Juani reparó en que Charo guardaba alguna cosa y se interesó. No es nada, tonterías mías, intentó evitar el tema Charo. Llevaba coleccionando sus piececitas durante varios años y hasta ahora nadie se había enterado, lo prefería así, no por celo o temor a que se las robaran, era sobre todo una cuestión de sigilo, no quería armar ruido y que la supervisora la regañara por perder tiempo y que por ese motivo pudiese empezar a peligrar su puesto de trabajo. Ese riesgo había que evitarlo a toda costa.

Ya en la cafetería Gran Vía, a media voz, casi susurrando, le contó a Juani su secreto a la vez que le mostraba por debajo de la mesa los hallazgos del día. Eran dos piedrecitas deformes, una especie de huevecitos aplastados, casi transparentes, lisos, suaves al tacto. Uno casi transparente, otro verde, verde esperanza. Verdes tenía muy pocos, a Charo sin poder ocultarlo se le iluminaba la cara cada vez que las miraba.

A Juani se le escapó una exclamación de sorpresa, que rápidamente reprimió ante la mirada recriminatoria de Charo. Su cara tenía parte de curiosidad y parte de incredulidad, no sabía si sentirse atraída por aquellos pedrusquitos o simplemente reírle la gracia a su amiga, seguirle la corriente y no desanimarla por aquella que entendió como inofensiva pero absurda distracción que se había buscado.

Charo llevo a sus amigas a ver su colección, el recelo previo se disipó cuando contempló su casa, normalmente silenciosa y solitaria, llena de vida. El buen humor y el compañerismo hicieron que la noche fuese deliciosa. Tras la cena, despejaron la mesa y se pusieron en coro. No había escapatoria, Charo se sentía como si enseñase sus

vergüenzas, no sabía si sus amigas iban a captar cuan importante era para ella aquellas pedacitos arrancados a la mar.

Lo que más despertó la curiosidad de las chicas fueron las piedrecitas, metidas en la caja parecían una colección de canicas desgastadas, con múltiples formas y llamativos colores a pesar de la opacidad que le imponían los rayones. Gastaron bromas de que algunas podrían usarse como colgantes o pendientes, o como anillos una vez engarzadas.

A Charo le gustó la idea, la tarde siguiente tras un soporífero día de limpieza de sardinas en salazón procedentes de los banales de la nave auxiliar, con el olor a salmuera metido en lo más profundo de sus manos y su nariz, se acercó a la joyería Florencio donde trabajaba Juan.

El establecimiento estaba vacío, Juan se levantó en cuanto escuchó la campanilla de la puerta y la vio entrar, adelantándose a su compañera Milagros. La recibió muy amablemente, tras los pertinentes saludos de cortesía, le preguntó que buscaba. Charo sacó del bolsillo un pañuelo blanco en el que había envuelto algunas de las piedras más bonitas, y le dijo que quería hacer un regalo a sus amigas, que se las había encontrado en la playa y quería engarzarlas para que pudiesen ser utilizadas como colgante o pendientes.

El ojo experto de Juan activó automáticamente la maquinaria. Escondió su sorpresa y su conocimiento de que aquellas piedras no podían proceder de la playa de su pueblo. Con una sonrisa en la cara le pidió a Charo que esperase, que iba al taller a mirar las piedras con la lupa, a ver que se podía hacer.

El avisado joyero se fue a su mesa de trabajo, con luz apropiada y la lupa en el ojo comprobó, a falta de ensayos más minuciosos que en sus manos tenía, dos aguamarinas, un zafiro, una turquesa, y hasta una esmeralda. Con gesto instintivo miró por encima del

hombro para comprobar que Milagros no había podido verlas, las envolvió de nuevo con sumo cuidado en el pañuelo.

Recompuso su ropa y su cara y salió de nuevo a la tienda, Charo se impacientaba. Le dijo que eran piedras muy bonitas, que sí, que efectivamente podía, con un poco de esfuerzo, engarzarlas y taladrarlas para convertirlas en collares y pendientes. Le preguntó si tendría algunas más pues le parecía una idea muy interesante y se le estaba ocurriendo sacar una pequeña colección y exponerlas para venta al público.

Ahora Charo estaba más preocupada por el coste de las cadenas o enganches de oro o plata, y le preguntó por el precio a Juan. Éste le quitó importancia al asunto, le dijo que si le parecía bien, podía aceptarle como pago, algunas de las piedras. No consideró Charo que ese fuese mal trato, así que acordaron que volvería con su colección completa. Con el asesoramiento de Juan, montarían los regalos para sus amigas.

Ya en la puerta, mientras se despedían, Juan en voz baja, para que sólo ella pudiese oírlo, le preguntó si un día de estos podrían salir juntos a tomar un refresco. Le había pedido una cita. Con el tartamudeo propio de la sorpresa respondió que sí.

Sus incontenibles amigas habían ya hecho de las suyas. Al día siguiente, en el primer descanso la abordaron. Le contaron que habían estado hablando con varios marineros la noche anterior en la plazuela de San Francisco. Las historias eran cautivadoras, decían haber pasado varios meses África, en la zona del golfo de Guinea, que quedaba a unas cuatro semanas de viaje en barco, que allí el calor era insoportable todo el año, que los nativos que los esperaban en los puertos tenían mil objetos y alimentos extraños que intentaban venderles a todas horas. Ellas habían preguntado sobre la pesca, sobre las técnicas, los lugares, sobre su trabajo en definitiva. Ellos en realidad había preferido mostrarse bravucones alardeando de sus andanzas personales con intenciones claras de impresionarlas y cautivarlas.

No podían imaginar que los puertos en los que atracaban eran los deltas de unos poderosos ríos que, como arterias de vida, recorrían países enteros y arrastraban sedimentos y otras sustancias que disminuía la salinidad de las aguas y alimentaban a los alevines de centenares de especies que después eran capturadas por ellos. Y no podían sospechar que la alta densidad de población existente en la región estaba ejerciendo una presión sobre el medio que estaba haciendo destruir muchas áreas naturales, contaminando las aguas y sobreexplotando los recursos pesqueros. Ellos lo que si tenían claro es que a cada nueva temporada tardaban más tiempo en llenar las bodegas.

Primero visitó a su tía esa misma tarde, recibiendo los consabidos consejos de prudencia y refrescándole la premisa básica de desconfiar de los hombres y esperar pruebas antes que nada. Ellos siempre van a lo que van le había insistido Consuelo. Mientras escuchaba atentamente, Charo sorbía el humeante café de puchero a la vez que se repetía para sí que Juan no iba a ser de esos, lo conocía de toda la vida, sus intenciones tenían que ser buenas.

Desde la casa de su tía a la joyería tardó cinco minutos, no aceleró más el paso para no llamar la atención. Juan la esperaba, la hizo pasar dentro. Era hábil, sabía que su intencionada propuesta causaría su efecto en esta chica a punto de pasársele el arroz.

Cogió la caja, la colocó en el centro de su mesa de trabajo previamente despejada. La abrió y con gesto profesional, con unas pinzas de precisión, eligió una. El joven pero astuto joyero, le mostró lo que ella aún no sabía que era un diamante, en su fulgor más impresionante, poniéndolo sobre un fondo oscuro. Luego lo iluminó no con el sol, sino con la luz de algún extraño gas para que surgieran esas fieras refulgencias, diabólicamente insolentes. El diamante, con aquel perverso brillo parecía una de las piezas de la corona robada al rey del infierno.

A Charo le recorrió un escalofrío, lo vio en los ojos de Juan, estaban alumbrados por la codicia. De repente su mente descubrió los eslabones ocultos, en un flash los entrelazó con las pistas que ya tenía. Aquellas piedrecitas tenían mucho más valor material del que ella jamás pensó y Juan las quería, parecía desearlas a toda costa. No lo permitiría, no se las entregaría sin más, eran su posesión más preciada mucho antes de que cualquiera supiera que existían.

Con tono amable, pero decidido y contundente, cogió la caja, le pidió a Juan que soltara la que tenía en las pinzas mientras le decía que había olvidado una cita y que tenía que marcharse. Tras un primer impulso de retenerla, Juan sacó su compostura, armó sus nervios y le pidió que no se preocupase, que no tuviese prisa, que tardarían poco. Se negó. Le pidió que le dejase la caja para inventariarla con detenimiento. Se negó. Le arrancó con un gesto rápido la piedrecita transparente de las pinzas, la metió en la caja, se levantó. Raudo, Juan se interpuso en el camino de salida, sentía que el golpe de suerte de su vida se le escapaba y no estaba dispuesto a permitirlo. Ella lo rodeó con la cabeza gacha. La siguió mientras le repetía que esperara. Charo cerró la puerta con un mañana volveré, sin girar la cabeza.

Sabía que tenía que actuar rápido. La noticia era conocida, de un modo u otro sus compañeras estaban por todo el pueblo con este tema de conversación. No sabía lo que Juan estaría dispuesto a hacer. De repente le estaba entrando terror, no quería quedarse en casa esa noche sola.

Giró a la izquierda en la esquina de la calle de las flores, en vez de ir a su casa se dirigió a la de Juani, rezando como las ancianas feligresas entre susurros para que su amiga estuviese en casa. Allí la encontró, le contó la historia. A Juani, súbitamente, se le iluminó la cara, ¡eres rica!, ¿te das cuenta? ¡Lo que tienes en las manos es una caja llena de diamantes!

Tras el sobresalto inicial, Juani la tranquilizó, le dijo que no se preocupase, que la ayudaría, que se quedase en su casa si era necesario. Le sirvió un vaso de agua, la sentó en el sofá. Charo se echó entre los cómodos cojines con la caja aferrada en su regazo.

Había que trazar un plan. Al día siguiente irían a la ciudad, buscarían varias joyerías en las que les tasasen las piezas, se las venderían al que ofreciera mejor precio, a continuación dejarían el dinero en un banco. Se quedarían solo una pequeña parte para comprarse un par de vestidos nuevos.

Llamaron a la puerta. Era extraño, ya había anochecido y Juani no esperaba a nadie. Abrió un resquicio. Era Juan. Le dijo que andaba buscando a Charo, que estaba preocupado porque la había estado esperando en su casa pero no había aparecido. Juani le dijo que no sabía nada de ella. Se le notó que no era buena mentirosa. Se despidieron. Ahora estaban las dos realmente asustadas. No sabían que hacer, no tenían donde ir a pedir ayuda. Decidieron coger un pequeño e improvisado petate e ir a la ciudad esa misma noche. Buscaron un cochero que las llevó hasta un hostel donde pasaron la noche en vela, los nervios fueron más poderosos que el sueño.

Las piedras resultaron no ser tan valiosas como creyeron, los joyeros las calificaron en su mayoría de semipreciosas y de calidad media. Eso sí, alguna si que tenía un valor, y por tanto, un precio especial. Charo decidió guardarse algunas a las que había cogido cariño de mirarlas durante tantas noches. Vendió otras, el dinero le permitiría desahogos y pequeños caprichos.

Ahora debían volver al pueblo, al trabajo y recobrar la normalidad para no levantar sospechas. El temor era a Juan, desveladas sus oscuras intenciones constituía un peligro. No volvería a quedarse sola, se trasladaría a vivir con Juani. En realidad se encontraba muy a gusto con ella, le ofrecía la comprensión y el cariño que ella necesitaba, y sentía

que era mutuamente correspondida. Sin declaraciones expresas, las amigas se convirtieron en compañeras.

Siguieron guardando celosamente y con la mayor discreción las piedras encontradas. El tema poco a poco se fue apagando entre el resto de amigas, sólo de muy cuando en cuando, alguna aparecía con un objeto raro encontrado en las tripas de algún atún. Ellas se lo agradecían con la máxima humildad y le restaban importancia al tema.

Ambas se retiraron a los pocos años de la fábrica, alegaron problemas de reuma y artritis con una estrategia minuciosamente calculada. Desde entonces, aunque no les faltó nunca de nada, vivieron con los lujos imprescindibles.

Al poco tiempo del fallecimiento de ambas, se dio la circunstancia que en el pueblo por un donativo anónimo a la parroquia, se creó un orfanato, una escuela y un economato para las gentes del mar. También un centro de educación de adultos con horarios compatibles a los del trabajo en la fábrica. En la escuela se había dispuesto una enorme biblioteca llena de volúmenes de libros relacionados con la mar. Procedían de la colección que Charo y Juani de forma discreta pero continua habían ido acumulando a lo largo de sus vidas.

Años más tarde, algunos chavales, mientras hacían los deberes de geografía que les había encargado su maestro, encontrarían algunos marcalibros, normalmente flores secas, entre las páginas de algunos tratados relacionados con el Golfo de Guinea. En esas líneas se describía como, los restos de minerales de las minas de piedras preciosas situadas aguas arriba, eran arrastrados por los ríos hasta sus deltas donde quedaban depositadas, entre ellas, algunas de las piedras preciosas que escapaban a los ojos de los mineros. Esas mismas que por ser más llamativas que el resto, atraía la atención de los peces que las engullían de un bocado.